

EL «desastre» de 1898.

La crisi colonial de 1895-1898 va posar de manifest la inviabilitat del vell colonialisme espanyol, que es veia enfrontat al nou imperialisme representat pels Estats Units. Des del 1868, les insurreccions cubanes havien estat gairebé permanents i s'havien anat sufocant per la via militar i mitjançant pactes polítics. Els darrers anys, però, els Estats Units, instigats per determinades cadenes de premsa i pels interessos d'algunes companyies sucreres, volien substituir els espanyols en el domini de l'illa. Amb aquest propòsit van donar suport als grups insurgents i independentistes. [Història. ed. BARCANOVA]

Fin de siglo. Guerra en ultramar y crisis del 98

«Los intereses coloniales marcaron todo el liberalismo español del siglo XIX. Pero fue la Restauración el régimen liberal que nació más estrechamente vinculado al "trasfondo cubano". El control de Cuba se convirtió en una obsesión de los gobiernos españoles, pero su permanencia como una posesión colonial iba a contracorriente de los cambios que estaban ocurriendo en la escena política internacional. Fue entonces cuando se planteó de forma definitiva el colapso del viejo imperio colonial, sustanciado en la guerra de Ultramar, que fijó la condición de España ya no como pequeña potencia, sino como un pequeño estado europeo en el que estaban emergiendo disputas o conflictos internos sobre el proyecto nacional a construir. [...]

Las posesiones coloniales españolas, esparcidas por varios continentes, hacían de España un imperio atípico, en más de un sentido, en los años finales del siglo XIX. Era atípico por el modo de administrar las propias colonias, pues la metrópoli no controlaba ni la producción ni el comercio exterior de los productos coloniales, ni ejercía una función redistribuidora en el mercado internacional de las mercancías producidas en las colonias, sino que tan sólo cobraba impuestos de importación y exportación.[...] La situación social y económica de las colonias españolas experimentó notables cambios en las décadas finales del siglo XIX, modificándose de forma decisiva sus relaciones con la metrópoli. La isla de Cuba es el caso más claro, aunque importante fue también el giro dado a partir de los años setenta en el archipiélago filipino. Las actividades económicas de la Gran Antilla estaban centradas, desde la época colonial, en la producción de materias primas de gran proyección en el mercado internacional (azúcar y, en menor medida, tabaco) y en toda una actividad portuaria organizada alrededor de las exportaciones cubanas a los grandes centros de consumo (Reino Unido, Estados Unidos y España), del tráfico esclavista y de las importaciones de productos agrarios e industriales (harinas y tejidos) procedentes de la metrópoli. Sobre estos dos pilares (azúcar y puerto) pivotaba toda la relación económica de Cuba con España, pero con un hilo común que lo anudaba todo, que era la política de aduanas y de limitación del comercio de cabotaje que imponía la legislación española y que vigilaba toda la estructura administrativa de la isla, a la cabeza de la cual se encontraba el capitán general.

La especialización azucarera cubana, que permitió al país alcanzar el 40 por 100 de toda la producción mundial de azúcar de caña y aun el 28 por 100 del azúcar de toda clase hacia 1870, se mantuvo en sus valores absolutos hasta el fin de siglo, pero perdiendo la mitad de su peso en el mercado mundial por la aparición de otros productores de azúcar de caña y, sobre todo, de remolacha, lo que provocó una caída muy fuerte de los precios mundiales del azúcar pese al ascenso de su consumo. Además de esta pérdida de posiciones, el azúcar cubano se escoró de forma casi única hacia el mercado de Estados Unidos, sustituyendo a España como destino: de representar un 17,2 por 100 de las exportaciones cubanas en 1840 hacia EEUU., pasó a una proporción del 81 por 100 en 1894 y el 99,9 por 100 en 1900. Las barreras

arancelarias, el bajo consumo interior y el apoyo que prestaban los gobiernos españoles a los azucareros andaluces explican esta pérdida del mercado peninsular. La economía cubana, a través del azúcar, se fue integrando en el mercado norteamericano, lo que repercutió de forma directa en la estructura productiva de los ingenios, que experimentaron un rápido proceso de concentración empresarial de forma paralela a la Abolición de la esclavitud, pasando del ingenio familiar a las grandes *centrales* azucareras [...].

El trato dado por la política española al problema esclavista es el mejor indicador de la consideración colonial de la isla de Cuba, tanto desde la metrópoli como desde la perspectiva de los grandes plantadores de caña de azúcar de la isla. A pesar de la existencia de una Sociedad abolicionista y a pesar de la política más abierta del Sexenio, los republicanos sólo lograron abolirla en Puerto Rico, mientras que en Cuba fue una consecuencia directa de la paz del Zanjón, aunque su abolición definitiva no tiene lugar hasta 1886.[...] La inmigración de mano de obra negra (bozales) o asiática (culíes) había sido la gran apuesta de la colonia cubana durante el siglo XIX, convirtiéndose entonces la isla en la meca de una "segunda esclavitud" en tiempos en los que el tráfico negrero estaba prohibido por Gran Bretaña desde 1816. Pero el hecho es que en el siglo XIX entraron en Cuba tantos esclavos negros como lo habían hecho en toda la América española en los tres siglos anteriores (más de setecientos mil), además de unos 125.000 trabajadores asiáticos llegados entre 1847 y 1874, reclutados en la base de Macao, que durante un período de ocho años eran tratados en la práctica como esclavos. La trata de negros se vio favorecida durante algún tiempo por la permanencia del esclavismo en los estados sureños de EEUU., llegando a censarse 368.550 esclavos en Cuba en el año 1862, que fue el pico de la población esclava de la isla. En 1877, para una población total de menos de millón y medio de habitantes, habría en Cuba unos doscientos mil esclavos [...]

El año 1898 fue asociado, por los propios coetáneos, con la guerra de Cuba y Filipinas per, sobre todo, con su abrupto final: un desastre en todos los sentidos, al que las élites españolas, políticas e intelectuales, respondieron de modos muy diversos. La palabra de moda fue el regeneracionismo, que tenía significados distintos según quién la pronunciase. Para los partidos dinásticos, se trataba de mejorar los mecanismos del funcionamiento del régimen liberal y de asegurar su estabilidad a través de la corona; para los partidos regionalistas, lo que habría que cambiar era el estado centralizador y darle una vuelta como a un calcetín; para los institucionistas e intelectuales de filiación republicana, regenerar significaba educar hombres nuevos y nacionalizar la población en torno a valores plenos de energía y virilidad que lograran despertar la nación dormida, tarea a la que los intelectuales le tomaron gran afecto. Todo el mundo tenía su receta, pero al final las cosas cambiaron poco a corto plazo y bastante -esto es, sin efecto de la medicina aplicada- a largo plazo [...].

La derrota tuvo pocos efectos a corto plazo, pero el régimen tampoco fue retado en serio por ninguna fuerza alternativa, fuesen las "clases neutras" o fuesen grupos de organización más añeja, como los carlistas o los republicanos. La solidez del sistema de la restauración, más que quebrar de repente, se fue erosionando y transformando lentamente durante un cuarto de siglo, hasta la llegada de la dictadura de Primo de Rivera [...] El problema más complicado fue resolver la creciente tensión entre un régimen político concebido para un modelo de liberalismo oligárquico y la necesidad de afrontar los retos de una política propia de una sociedad de masas. Este es el nudo gordiano de la Restauración que el general Primo de Rivera corta bruscamente con su espada a través del golpe de estado de septiembre de 1923, adoptando una solución autoritaria. El segundo gran problema fue el de afrontar una cuestión nacional planteada sobre nuevas bases a partir de la conmoción provocada por la crisis del 98. La Oda a Espanya del poeta Joan Maragall, escrita en aquel mismo año en lengua española, pero no castellana, fue el aldabonazo que alertó del descontento de la sociedad catalana respecto de la gestión de la guerra y de sus consecuencias.»

[Ramón Villares] dins Historia de España. Restauración y Dictadura, Vol 7. Ed. Critica / Marcial Pons, 2009.